

ARTE Y LETRAS

REVISTA ILUSTRADA

ARTE

Exterior de la mezquita de Córdoba.—
Hojas de un álbum, por A. Font.—
Puente de Blackfriars, en Londres.—
La Biblioteca de Tree, en Liverpool.

COLABORADORES LITERARIOS

ALAS—ALFONSO—ARAUJO—CAMPOAMOR—GENER—LEZAMA—NAVARRO (D. FELIPE B.)
OLLER (D. NARCISO)—PALACIO VALDÉS—PALACIO (D. EDUARDO)
PÉREZ GALDÓS—SARDÁ—SELLÉS—TABOADA—YXART

COLABORADORES ARTÍSTICOS

FABRÉS—FOIX—FONT—GÓMEZ SOLER—MARQUÉS—LORENZALE (R.)—LLIMONA
PAHISSA—PRADILLA—PELLICER—RIQUER—TAMBURINI

LETRAS

Una pasión, por Emilia Pardo Bazán.—
El arte y la historia, por C. Araujo
Sánchez.—Dido, conclusión por J. Sar-
dá.—Sin carácter, por J. Yxart.

Año 1883

Barcelona, Setiembre

Núm. 12

ADVERTENCIA

Dispuestos a introducir en esta publicación las mejoras que reclama su importancia y el creciente favor del público, hemos contratado con la reputada casa de Paris *Société générale d'applications photographiques*, la reproducción de las principales obras de artistas antiguos y modernos, para seguir repartiendo como hasta aquí la lámina suelta que acompaña á cada reparto. Creemos que nuestros suscritores habrán de agradecer esta notable mejora, dada la reputación de dicha casa y la perfección y limpieza de sus trabajos.

Con el número próximo publicaremos, además de la lámina correspondiente, la que debía acompañar á éste. Rogamos á los señores suscritores que por hoy nos dispensen esta omisión, debida á las gestiones necesarias para llegar al referido acuerdo.

UNA PASIÓN

A LOS SEÑORES D. JOSÉ Y D. GUILLERMO MACPHERSON

SIEPRE que nos reuníamos en Madrid ó en Galicia mi amigo Federico Bruck y yo, echábamos un párrafo ó varios párrafos sobre su ciencia predilecta, la geología; pues aunque Bruck es hombre de bastantes conocimientos y en alto grado posee esto que hoy llaman *cultura general*, inclinase á hablar de lo que mejor conoce y más ama, por instinto tan natural como el de las aguas al buscar su nivel.

De origen anglo-sajón, según revela el apellido, soltero, independiente y no pesándole los años, Bruck se consagró en cuerpo y alma al culto de la gran diosa Demeter, la Tierra madre. Esa ciencia erizada de dificultades, inaccesible á los profanos, le cautivó, gracias al feliz y sabio reparto que Dios hace de las aficiones y gustos para que ningún altar se quede sin devotos y ningún santo sin su velita de cera.—Yo confieso ingenuamente el error en que caí. Al pronto, juzgando con arreglo á mis sentimientos propios, pensé que lo que interesaba á Bruck eran los ejemplares de mineralogía, los

pedruscos bonitos; pero ví con sorpresa que mi colección, distribuída en las primorosas casillas del estante como joyas en sus estuches, no despertaba en él sino la curiosidad que produciría en cualquier aficionado á ciencias naturales, mientras las piedras de construcción, el vulgarísimo granito esparcido en la calle, fijaba sus miradas y le sumía en reflexiones profundas.

Desde entonces tuvimos asunto para discutir. Con mi doble instinto de mujer y de colorista, yo

prefería, en el vasto reino mineral, los productos mágicos que sirven al adorno, á la industria y al arte humano, y describía con entusiasmo la eflorescencia rosa del cobalto, el intenso anaranjado del oropimente, la misteriosa fluorescencia de los espatos, que exhalan lucecitas como de Bengala, verdes y azules, los tornasolados visos del *labradorito*, semejantes al reflejo metálico del cuello de las palomas, la fina red de oro sobre fondo turquí del lápiz-lázuli, las irisaciones sombrías de la piritita marcial



EXTERIOR DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA

y de la marcasita; coloridos nocturnos, vistos en mi imaginación como al través de la roja luz de una gruta caldeada por las fraguas y hornos de Vulcano. Con la exigencia refinada del gusto moderno, que se prenda de lo exótico, ponderaba hasta las ponzoñosas descomposiciones del color, el mohoso verde del níquel, el verde manzano de los arseniatos, los extraños cambiantes del cobre; encarecía después el amarillo de miel del ámbar, las gotas de leche incrustadas en la roja faz del jaspe, la transparencia vaga y suave de las calizas, que parecen nieve mineral. Yo argüía, y para mí era argumento definitivo, que los colores más vivos, más brillantes, la mayor cantidad de luz atesorada en un cuerpo, no se encontraba ni en el cáliz de la flor, ni en el ala de la mariposa, ni en la pluma del pájaro, sino que era preciso buscarla allá en las entrañas del globo, serpenteando por sus rocas, clavada en ellas, hasta que la inteligencia humana la extraía tallando la piedra preciosa, ó refinando el petróleo para descubrir los matices espléndidos de la anilina.

Además de estas hermosuras incomparables del color de los minerales, me cautivaban y excitaban mi fantasía los peregrinos caprichos que en ellos satisfacía la naturaleza; citaba la luz fosfórica del cuarzo cambiante ú *ojo de gato*, las arenillas doradas de la venturina, los curiosos listones del ónice y sardónice, las vetas y dibujos varios de la familia de las calcedonias. ¿Dónde hay cosa más linda que el ópalo, con sus diafanidades boreales, como el lago al amanecer; que el hidrófano, que sólo brilla y se irisa cuando le mojan, lo mismo que una mirada cariñosa refule al humedecerla el llanto; ó la límpida hialita, tan parecida á lágrimas congeladas? ¿Pues no es digna de admiración la singular birefringencia del espato de Islandia, la figura de X que se encuentra dentro de la macla ó *chias tolita*, los magníficos dodecaedros del granate y las cruces prismáticas de la *armotoma*? Filigranas de la creación, caladas y alicatadas por el buril de los gnomos ó geniecillos de las cavernas subterráneas se me figuraban todos estos minerales, y así los alababa con sumo calor, haciendo sonreírse á Federico Bruck. Pero donde empezaban mis herejías anti-científicas era al declarar que tamaños portentos me parecían mucho más asombrosos después de que la mano del hombre completaba en ellos, con la forma artística, el trabajo oculto y paciente de las fuerzas creadoras.

Para mí, por ejemplo, el mármol de Paros no adquiría pureza y excelsitud hasta considerarlo labrado por Fidias; el *kaolin* era barro grosero, y sólo me enamoraba convertido en porcelana sajona; el zafiro había nacido para rodearse de brillantes y adornar un menudo dedo; el brillante para temblar en un pelo negro; el basalto rosa para que en él esculpiesen los egipcios el coloso de Ramsés; el ágata, para que Cellini excavase aquellas copas encantadoras en torno de las cuales retuerce su escamoso cuerpo una sirena de plata. El arte, señor de la naturaleza, tal fué mi divisa.

Bruck afirmaba que estos gustos míos tenían cierta afinidad con los del salvaje que se prenda de unas cuentas de vidrio más que del oro nativo recogido en sus remotas cordilleras; y que lo verdaderamente grandioso y bello, con severa belleza clásica, en la tierra, no son esos caprichos del color ni esos jugueteos de la línea, sino las formas internas de las rocas, el plano arquitectónico, regular y majestuoso, de tan vasto edificio. Encarecía la magnitud de las anchas estratificaciones, que se extienden como ondas petrificadas del océano de la materia; los macizos y valientes pilares graníticos, fundamentos del globo, colocados con simetría solemne; las columnatas de pórfido y basalto, más elegantes que las de ninguna catedral de la Edad Media. Sobre todo y aparte del especial deleite estético que encontraba en esa disposición sorprendente de las rocas, decía Bruck, que le enamoraba ver escrita en ellas la historia del globo, de su formación, del de-

sarrollo de sus montañas y hundimiento de sus valles.

Á simple vista, con una ojeada rápida, discernía la estructura de un terreno cualquiera, su yacimiento y su origen. Distinguía al punto las rocas eruptivas, —que parecen conservar en sus formas coaguladas indicios del misterioso hervor que las arrancó de los abismos del globo y las hizo rasgar su superficie, á manera de colmillos enormes,—de los terrenos de sedimento, cubiertos de capas y más capas lo mismo que de fajas la momia. Sabía por cuál secreta ley las rocas alpestres se levantan y parten en agujas tan atrevidas, puntiagudas y escuetas, mientras las sierras del mediodía de España se aplanan en chatos mamelones, figurando que una mano fuerte les impidió ascender y las redondeó con las redondeces de un seno turgente, henchido de licor vital.

Y cuando pudiese engañarse la vista, tenía Bruck para conocer, sin metáfora, el terreno que pisaba, una señal infalible, la presencia ó ausencia, en la roca, de ciertos restos fósiles, valvas menudas de moluscos, el carbonizado tronco de una planta, la huella de un helecho ó de un licopodio. De estos restos se encontraban muchos en los terrenos de sedimento, que son á manera de museo donde puede estudiarse la flora y fauna del tiempo—digámoslo así—del rey que rabió, mientras las rocas eruptivas se hallan vacías, ajenas á toda vida, sin rasgos de organismos en sus mudas profundidades. Y aquí Bruck y yo volvíamos á disputar; porque mientras á mí me parecía digno de superior atención el terreno donde se tropiezan fósiles, él hablaba con el mayor respeto de esas rocas muertas, las primeras y más antiguas, verdaderos cimientos del planeta. Las otras eran unas rocas de ayer acá, que contarían, á lo sumo, algunos cientos de miles de años.

Yo no comprendía la preferencia de Bruck, porque siempre me agrada encontrar vida é indicios de ella. Los fósiles me hacían soñar con paisajes antediluvianos, con animalazos gigantescos, medio lagartos y medio peces. Bruck, al contrario, se remontaba á los tiempos en que el mundo, dejando de ser una bola de gas incandescente, comenzaba á enfriarse, y sus queridas rocas emergían, rompiendo la película delgada, la corteza del gran esferoide. En resumen, á Bruck le importaban poco las plantas, que son vestidura de la tierra; los minerales preciosos, que son sus joyas, y los fósiles, que son sus archivos y relicarios; sólo se sentía atraído por la anatomía de su monstruoso esqueleto.

Valía la pena de oírle defender esta afición. Extasiábase hablando de la unidad que preside á las formaciones de las rocas, y del poderoso y visible imperio que ejerce la ley en los dominios de la verdadera geología ó *geognosia*. Ahí es nada eso de que la corteza terrestre sea igual en el Polo que en la zona tórrida, y que mientras los infelices naturalistas y botánicos se encuentran, en cada clima, con especies diferentes, el martillo del geólogo en todas partes rompa la propia piedra! La piedra inmóvil, grave, uniforme, idéntica á sí misma figurábasele á Bruck majestuosa. Á mí me daba frío, y... así como sueño. Pero que no lo sepa ningún geólogo, por todos los santos de la corte celestial.

Bruck no era un sabio de gabinete, ni se conformaba con ver los fragmentos y láminas de roca en las ajenas colecciones ó en los museos, con su etiqueta pegada. Por valles, montañas y cerros, allí donde trazaban un camino, perforaban un túnel ó excavaban una mina, andaba Bruck con su caja de instrumentos, inclinándose ávidamente para ver, al través de la rota epidermis y de la morena carne de la gran Diosa, su osamenta formidable. Quería crear la geología ibérica, estudiar el terreno español tan á fondo como lo ha sido ya el francés, inglés y americano. Así es que cuando delante de Bruck nombraban alguna región de nuestra patria, Asturias, Galicia, Málaga, Sevilla, no se le ocurría nunca exclamar — «hermoso país!» — costa pintoresca — cielo azul —; qué poéticas son las Delicias! ó ¡qué bonito el Alcázar!» — como nos sucede á cada hijo de vecino;

sino que las ideas que acudían á su mente y brotarían de sus labios si Bruck fuese locuaz, eran sobre poco más ó menos del tenor siguiente: — terreno hullero — buen yacimiento de gneiss — terreno triásico — formación cuaternaria!»

He dicho que Bruck no pecaba de locuaz; pero, fiel á su oriundez anglo-sajona, era tenacísimo. Jamás se cansaba, ni se desalentaba, ni variaba de rumbo. Todos amamos nuestras aficiones, y, sin embargo, cometemos infidelidades; tenemos nuestras horas de inconstancia, y volvemos luego á abrazarlas con mayor cariño. Hay días contados en que yo no quiero que me nombren un libro, en que lo negro sobre lo blanco me aburre, y en que diera todo el papel impreso y manuscrito por un rayo de sol, un momento de alegría, la sombra de un árbol, la luz de la luna y el olor de las madresevas. Bruck no conocía semejantes alternativas; su amor por las rocas era, como ellas, firme, perenne, invariable.

Dos ó tres años hacía que no aportaba Bruck por mi país, y yo le suponía entregado á trascendentales investigaciones allá por las cuencas mineras de Extremadura ó por las alturas imponentes de los Pirineos, cuando una tarde se me presentó de la manera más impensada, enfundado en su traje habitual de *hacer geología*. El paño de su *chaquet* caía flojo y desmañado sobre su vasto cuerpo; una camiseta de color le ahorra la molestia de ocupar el baúl con camisas planchadas; su sombrero, abollado, lucía una capa de polvo á medio estratificar; y como le ví que traía calzados los guantes, comprendí al punto que estaba de excursión, pues Bruck no usaba guantes sino para el monte, dado que en la ciudad no hay peligro de estropearse las manos.

Preguntéle el motivo de su viaje. La vez anterior vino á examinar, en persona, la dirección de los estratos del gneiss en esta parte de la costa cantábrica; y ahora, con voz reposada, me dijo que el objeto de su expedición era verle el pié... *honní soit qui mal y pense!* á la sierra de los Castros.

— Pero cuidado que sólo á V. se le ocurre... Estamos en Diciembre, se chupa uno los dedos de frío, y luego el viaje en diligencia es entretenido de verdad! ¿Cómo no aguardó V. á la inauguración del ferrocarril, al verano, etc., etc.?

Explicó que no podía ser de otro modo, porque ya había llegado á un punto tal, que sin ver la base de la sierra, inmediatamente, no haría cosa de provecho. Bruck apuntaba metódicamente en cuadernos los resultados de sus observaciones, y luego los daba al público, no en una obra extensa y monumental, sino de modo más conforme al espíritu analítico y positivo de la ciencia moderna, en breves monografías de esas que por Inglaterra y los Estados Unidos se llaman «contribuciones al estudio de tal ó cual materia», folletitos concretos, atestados de hechos y labrados y cortados con precisión matemática, como sillares dispuestos ya para un edificio futuro. Cuando en mitad de uno de sus trabajos le ocurría á Bruck la más leve duda, la necesidad de exactitud rigurosa y veracidad estricta en sus asertos no le dejaba pasar más adelante; y no cociéndosele, como suele decirse, el pan en el cuerpo, tomaba el tren, la diligencia, lo que hubiese, y se iba á comprobar sobre el terreno sus datos. No se cuidaba de si las circunstancias eran favorables; lo mismo hacía rumbo á Extremadura durante la canícula, que á Burgos en el corazón del invierno.

Aunque Galicia no es tan fría como Burgos, ni muchísimo menos, el plan de verle el pié á la sierra de los Castros en Diciembre, no dejó de parecerme descabellado. La lluvia, incesante en tal época, la nieve, la escasez de recursos, la falta de esos hoteles diseminados por las cordilleras de otros países, donde el viajero se restaura, y mil y mil inconvenientes, se me ofrecieron al punto y los comuniqué á Bruck. Sin haber llegado nunca á sentarme en las faldas de la abrupta sierra, conocía mucho de oídas el país, y sabía que á veces, en tres ó cuatro leguas de circuito, no se encontraba unto para condimentar el caldo de pote, ni una arena de sal para sazonarlo.

Mas encontré al geólogo tan firme en su propósito, que lo único que pude hacer en beneficio suyo, fué darle una carta de recomendación para el cura de los Castros. Justamente este buen señor había sido algunos meses capellán de nuestra casa.

Dos epístolas recibidas algún tiempo después, completarán la historia del episodio que refiero. La primera de Bruck, del cura la segunda. Aquí las copio, para conocimiento y solaz del que leyere.

«Las Engrovas, 1.º de Enero.

»Mi distinguida amiga: no pensé empezar el año escribiendo á V. desde estas montañas; pero el hombre propone, y las circunstancias—ya sabe V. que soy algo determinista—disponen. Heme aquí en las Engrovas: ¿estuvo V. por acá alguna vez? Parece mentira, cuando uno se acuerda de esas marinas tan risueñas, tan alegres hasta en la peor estación del año, que Galicia encierre sitios tan agrestes y salvajes.

»Por supuesto que para mí son los mejores. Esa parte donde V. vive, es una tierra blanda, deshuesada, sin consistencia. Aquí encuentro magníficas rocas metamórficas, terrenos de transición, con todas sus curiosas variedades. Sólo me estorba mucho la vegetación feraz y compacta, que me impide reconocer bien el terreno. Espero que el corazón de la sierra, las rocas, se me presentarán en su noble y augusta desnudez.

»Me han asegurado que si me meto más en la montaña, me expongo á tropezar con manadas de lobos, á no encontrar donde dormir. No me importaría si no estuviese calado; pero es tanta la lluvia que ha caído por mí, que el traje se me pudre encima. Dirá V. ¿y el impermeable? ¡El impermeable! Hecho girones, señora: los escajos, los espinos, las zarzas han puesto fin á su vida. Cuando llegue á la hospitalaria mansión del cura de los Castros, voy á pedirle que me ceda un balandrán ó cosa por el estilo, porque andar desnudo en Diciembre no es agradable.

»De la comida poco puedo decir á V.; yo suelo pasarme diez ó doce horas sin recordar que es preciso dar pasto al estómago; y cuando se lo doy, al cuarto de hora ya no sé lo que he mascado. No obstante, aquí noto que me falta lastre. Creo que hay días en que me alimento con un plato de puches de harina de maíz. Gracias si puedo regarlos con leche de vaca.

»En resumen, hambre, frío, sed de vino y café (de agua no es posible, pues el cielo la vierte á jarras); pero yo contentísimo, porque estas rocas valen un Perú, y su estudio arroja clarísima luz sobre diversos problemas que me preocupaban.

»Mañana me internaré en lo más despoblado y agrio de la región. Aprovecho la coyuntura de enviar al Ferrol esta carta, para que la echen al correo. Siempre á sus órdenes su amigo afectísimo

Federico Bruck.

«Parroquia de S. Remigio de los Castros, 27 Febrero.

»Estimada señorita: le escribo para darle razón del señor forastero que V. se sirvió recomendarme en el mes de Diciembre del pasado año. Ese señor salió de las Engrovas el 2 de Enero muy tempranito, á caballo, pensando llegar á los Castros á la mediodía. Yo nunca ví tanto frío, que mismo cortaba; hasta al consagrar parece que se me caía la partícula de los dedos; la noche antes heló mucho, y los caminos resbalaban como si estuviesen untados con sebo. Ese señor traía un chiquillo para tenerle cuenta de la caballería y llevarle una caja y no sé qué más lotes; y el chiquillo, que es hijo de mi compadre Antón de Reigal, me ha contado cómo pasó el lance. El señor se bajó del caballo á medio camino, en el sitio que llaman *Codo-torto*, y sacando un martillo comenzó á arrancar pedacitos de piedras, que se conoce que los ingleses, sabiendo que aquí hay oro, quieren buscarlo y acaso hacer minas. Piedras fueron, que se pasó así toda la mañana, hasta que el chiquillo, cansado de esperar y no viéndolo

por ninguna parte, y muriéndose de ganas de comer, tuvo la debilidad de venirse á los Castros solo, y el caballo detrás, muy pacífico. Luégo, cuando el rapaz vió que se hacía noche, y que no parecía su amo, vino llorando á contarme el lance.

»Como, según el chiquillo, ese señor se encaminaba á mi casa, en seguida me dió la espina de que sería algún amigo ó pariente de V.; llamé á tres feligreses, les hice encender *fachucos* de paja bien retorcidos para que durasen, y nos metimos por la sierra, busca que te buscarás al viajero. ¿Dónde le fuimos á encontrar? En el despeñadero de *Codo-torto*, que lo rodó de una vez, señorita, y pásmese, no se mató, sólo se rompió una pierna. Le trajimos en brazos como se pudo, y gracias al *algebrista* de Gondás, ¿no sabe V.? aquel hombre que cura toda rotura y dislocación sin reglas ni sabiduría, con unas tablillas, unos cordeles y siete *Ave Marías* con sus *Gloria patris*, no tendrá que gastar muleta el señor de *Brús* ó como se llame, aunque siempre al andar se le conocerá un poquito.

»Yo y mi hermana la viuda, lo cuidamos lo mejorcito que supimos, que nos dió mucha lástima; es un señor llano y parece un infeliz. Lo peor de las horas que pasó solito, dice él que fueron unos lobos que le salieron y que los espantó encendiendo fósforos. Á pesar de la desgracia, asegura que no le pesó venir á la sierra. Se conoce que la mina de oro promete. Tendrá la bondad de dar un besito á los niños, y de saludar con la más fina atención á los señores y mandar á éste su reconocido servidor y capellán

José Taboada Rey.

Moraleja.—De cómo por verle los huesos á la tierra, rompió Bruck sus huesos propios.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL ARTE Y LA HISTORIA



AS Bellas Artes no son un capricho ni una superfluidad; son una necesidad del hombre tan imperiosa como la que más. Así es que, unidos á los vestigios más antiguos del hombre, se encuentran siempre los restos de un Arte, y, cosa admirable, en un estado de adelanto superior al que podría esperarse.

Por mucho que la fantasía quiera poetizar y agigantar las civilizaciones antiguas de los egipcios, los asirios, y persas, ó los griegos y los romanos, ni sus ideas religiosas y sociales, ni sus instituciones, ni su ciencia, estaban en relación, ni remota, con los adelantos de las Bellas Artes y la Industria; fenómeno que ofrecieron los mejicanos y peruanos del tiempo de la conquista, y que la China, la India y el Japón ofrecen todavía.

No llama tanto la atención este hecho, ó se desconoce por completo, porque como desde niños nos enseñan unas historias fabulosas é increíbles, nos parece que las Bellas Artes marchan á la par con la civilización y que son como el termómetro que marca los grados de cultura, y si esto fuese cierto la humanidad habría adelantado muy poco, ó nada; porque en algunos extremos, y algunos ramos, el arte antiguo alcanzó el límite á que es posible llegar.

No son pues, á mi entender, los monumentos, las estatuas y los utensilios de antiguos tiempos, base tan segura para juzgarles bajo todos aspectos como se pretende; y quizás este esplendor de las Bellas Artes es causa de la idea prodigiosa que nos formamos de aquellos pueblos. Pero hay que meditar que al lado de esta grandeza se ocultaban el atraso y la miseria más horribles. La historia relativa guerras é invasiones colosales, poblaciones in-

mensas, movimientos prodigiosos de gentes, hasta el punto de asombrarnos la pequeñez en que vivimos, y si recapitáramos un poco, veríamos que estos movimientos y estas conquistas obedecían á un estado semi-salvaje en el que necesariamente es menester grande espacio para poder vivir, pocos: porque no debían ser muchos, siendo escasos los medios de subsistencia que suministra la vida errante, no siendo tampoco la esclavitud y la miseria, de los más, y la peste, su inseparable compañera, medios muy favorables para el crecimiento. Lo difícil que es hoy poner en movimiento una gran masa de ejército, con todos los medios de locomoción y demás recursos que contamos, prueba lo imposible que sería en lo antiguo, y demuestra lo que hay que rebajar en las cantidades.

Las famosas conquistas de los romanos debieron semejar algo á las nuestras de Méjico y el Perú; y la grande invasión de Genserico y los vándalos, más que la fuerza y número de estos, muestra la flaqueza del famoso Imperio. Pocos debíamos ser en España y mal avenidos, como de costumbre, cuando los moros se posesionaron de ella con tanta facilidad.

La Historia está por hacer y no pretendo llenar la falta en este artículo; baste lo dicho para tratar de justificar la idea de que las Bellas Artes no son regla segura para medir los grados de cultura y civilización de un pueblo.

He dicho antes que eran una necesidad del hombre tan imperiosa como la que más; esta necesidad se manifiesta ya sea de una manera vaga y general en el esfuerzo por embellecer ó adornar todos los objetos y utensilios de que nos servimos, ya en una forma más concreta queriendo perpetuar recuerdos, ó expresar ideas. Lo mismo en la choza del salvaje, que en la morada del hombre civilizado, se ve un trabajo más grande y más costoso empleado en darles un aspecto agradable, que el que han requerido para que presten el abrigo y refugio que han de proporcionar. El hacha, el cuchillo, la flecha, la vasija hecha, antes que de barro, de la corteza de alguna fruta, llevan labores, pinturas, y tallados inútiles, que denotan la vehemencia de la aspiración artística en el hombre inculto, que probablemente no tiene artistas especiales que le ahorren el trabajo de aquellos adornos, sino que ha tenido que hacerlos él mismo, robando el tiempo al descanso de la ruda tarea de buscar el alimento. Á medida que la civilización adelanta, el Arte ensancha su esfera y se perfecciona con asombrosa rapidez, pero después no decae y muere, no aparece y desaparece, sino que se modifica y varía; por eso las épocas que se llaman de decadencia sería más propio llamarlas épocas de transformación. El Arte no tiene lagunas, ni procede por saltos; se va desarrollando y modificando siempre irresistiblemente, y por más que épocas posteriores hayan querido copiar ó imitar épocas anteriores, no lo han conseguido nunca; porque el hombre no puede sustraerse al medio en que vive. El Renacimiento quiso imitar las obras de los griegos y romanos, y no lo consiguió. El Clasicismo de fines del siglo pasado y parte de este, pretendió lo mismo y no lo consiguió tampoco. Hoy, queriendo estudiarlo todo, é imitar á todos, estamos siendo grandemente originales, especialmente en la Arquitectura.

Á pesar de esto, sería muy difícil formarse una idea de la manera de ser de un pueblo por el estudio de sus obras de Arte; lo creemos muy natural y muy fácil porque tenemos conocimiento, más ó menos imperfecto, de otros hechos. Nos sucede lo que con la música; al que conoce una ópera le parece, de buena fe, que tal canto expresa tal situación y no otra; sin embargo, si oyera por primera vez aquel mismo canto tocado aisladamente, es seguro que jamás le relacionaría con una serie de ideas análoga á lo que pensó el autor. Tenemos formada una opinión del tético misticismo de Felipe II, y es menester que se justifique en todas partes; así es que cuantos visitan el Monasterio del Escorial, unánimemente le encuentran excepcionalmente severo,



PUENTE DE BLACKFRIARS, EN LONDRES



LA BIBLIOTECA DE TREE, EN LIVERPOOL

Ayuntamiento de Madrid

grandioso, majestuoso y triste, y ninguna de estas condiciones, si las tiene, que no me lo parece, son debidas al fundador, que de vivir algunos siglos antes, aunque hubiera tenido las mismas ideas, hubiera edificado monumento muy diferente. Mucha de la severidad que el monasterio ostenta, pobreza es más bien, debida, sin duda, á la penuria y escaseces con que se hizo. La grandiosidad más consiste en lo que impone tanta piedra junta, que en otra cosa, porque aquí como en el Vaticano, ó en San Pablo de Londres, que son de la misma arquitectura, el defecto es, lo grande parecer pequeño; y en esta casa, en la parte del monasterio, patios y claustros en realidad lo son; pero triste por ninguna parte; todo, tanto la iglesia como el convento, está perfectamente iluminado y goza deliciosas vistas. Tan cierto es que la melancolía de Felipe II debió influir muy poco en que este monumento sea como es, que su imbécil tataranieto, no menos taciturno, como encontró el Arte en otro período, decoró las bóvedas de la escalera y de la iglesia, con pinturas apropiadas á un salón de baile. Hay más aún, y tal es la fuerza de la voluntad y la ilusión, que hasta el sitio elegido, tiene para las gentes aspecto sombrío en consonancia siempre con las ideas del fanático Felipe. ¡Pobre sitio! Si no estuviera en España sería un Paraíso.

Citaré por curiosidad, y para que se vea lo que es no tener el ánimo preocupado, la impresión que causó esta campaña á Mr. Thomas Roscoe, que publicó un viaje por España en 1837. Dice así: «Aunque había leído muchas descripciones de este edificio extraordinario, encontré, como de costumbre, que ninguna era exactamente adecuada para mí. Todo se ha exagerado, menos la belleza del sitio, que, aunque sorprende desde luego, no es apreciado debidamente hasta que se recorren detenidamente los campos, y se estudian desde los diversos puntos de vista, los caracteres del paisaje que nos rodea. Por encima de todo lo que se ve en España, las escenas que circundan al Escorial, contempladas á los alrededores del anochecer, son quizás las más verdaderamente poéticas y las mejor calculadas para dejar una impresión duradera en el corazón. Se percibe por todas partes la proximidad de la noche. Las espesas sombras de los árboles se cierran; la brisa se refresca y alborota, conmoviendo el inmenso ramaje y haciendo crujir las hojas. Cantan alegremente los pájaros, aunque se despiden del día; y al oírlos, cruzan á nuestro alrededor las formas de amigos queridos ausentes dando un tinte ideal á nuestro goce. Y si se eleva la vista á través de las enramadas hacia las sierras dominantes, en las que se reflejan los dorados rayos de la puesta del sol que han abandonado la llanura y los valles brillando en sus etéreas cimas, parecen asemejarse en su belleza tranquila y serena, á aquellas cumbres del Olimpo en las que la imaginación de los poetas paganos colocó la morada de sus dioses (1).»

Todo lo claro y todo lo fácil que parece explicar la Historia por el Arte, ó ayudarse siquiera á ello, es en realidad difícil, ó más bien imposible; por más que este sea un gran recurso de escritores poetas que acomodan la Historia y el Arte á todo cuanto les conviene, ya porque no han estudiado profundamente ni una ni otra cosa, ó ya porque saben que, para la mayoría de las gentes, basta causar el efecto deseado con el encanto de las descripciones y comparaciones, pues no se han de meter en más profundidades.

Si las Artes indicaran el estado de civilización de un pueblo, no salvaje, habría que convenir en que los antiguos griegos y romanos fueron los pueblos más civilizados que ha habido, pues tanto en Escultura, como en Arquitectura, y es muy presumible que, bajo ciertos aspectos, en Pintura también, llegaron al límite posible. Si indicaran la fuerza y poderío de una nación, ninguna época como la de los Reyes

Católicos y Carlos V hubiera sido más próspera para las Artes en España, y vemos, sin embargo, que la Pintura y la Escultura estaban en la cuna: la Arquitectura, que brilló más, se valió mucho de artistas extranjeros, y ni en número, ni en riqueza y suntuosidad de los edificios pudo competir con Italia. Alemania y Francia, que entonces nos temían y respetaban. El período brillante de nuestra Pintura fué en la época final de la Casa de Austria, en que la pobreza y la degradación nos consumían. Si fueran las Artes indicio de paz y prosperidad material, ni hubiera sido para los Países Bajos la época de las guerras religiosas la de su apogeo artístico, ni la España de Fernando VI y Carlos III hubiera dejado de producir grandes ingenios, y vemos aplicar sin embargo, al Arte enfermo la cataplasma de la Academia de San Fernando.

Las Bellas Artes no pueden ser una cosa aislada que tenga una historia completamente independiente, porque todas las cosas se relacionan; pero es menester trabajar para ver en dónde se halla el enlace, y apartarse para ello de los caminos trillados, no limitarse á repetir y perpetuar vulgaridades.

El problema es demasiado difícil para que yo tenga la pretensión de resolverlo; indicaré lo que me parece, que con apartarme de la rutina y proponer la cuestión me doy por satisfecho.

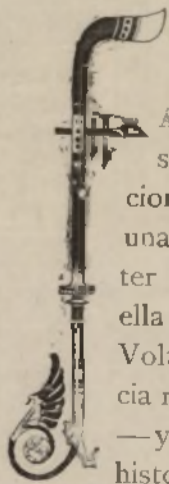
Para poder dar una explicación se presentan cuestiones muy complicadas; porque siendo el Arte, como he dicho, una necesidad inherente al hombre, hay que estudiar por qué parece que hay pueblos que tienen más afición que otros, y épocas en las que la afición se desarrolla con más intensidad. Luego, vemos también á los árabes limitados al cultivo de la Arquitectura y la Ornamentación, y aunque sabemos que la religión tiene mucha parte en esto, sabemos también que las religiones se acomodan mucho á la índole de los que las profesan. De esta observación nace otra duda: ¿hay categorías en el Arte? Es decir: ¿la Arquitectura, representa menos la afición artística que la Pintura ó la Escultura? ¿La Ornamentación es de inferior categoría? Yo creo que las cuatro tienen igual importancia; pero sigamos exponiendo dudas. ¿El objeto y la aspiración de las Bellas Artes es la forma ó es la expresión? Cuestión capital es esta que, de resolverla, nos pondría en el camino seguro para saber el enlace que las Bellas Artes tienen con la sociedad en que se desarrollan. Y por último, como consecuencia de la duda anterior, ¿la Música debe considerarse, según la creencia moderna, en armonía con las demás Artes? ¿Si esta hermandad existe, por qué en la historia no sigue las vicisitudes de sus compañeras y no se desarrolla por completo hasta los tiempos modernos, y en los países más civilizados?

CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ.

(Continuará)

DIDO

II



ÁCIL nos sería, sin más que acudir al socorrido concurso de un par de diccionarios enciclopédicos, ensartar aquí una erudita disertación acerca del carácter histórico de Dido y de si fué ó no fué ella quien fundó Cartago. Porque unos, Voltaire por ejemplo, niegan la existencia real del personaje, al paso que otros —y esta es la opinión común de los historiadores antiguos— si bien la admiten, y dan por cierto su fin trágico, atribuyen éste al propósito que tuvo Dido de sustraerse á las persecuciones amorosas de su vecino el rey Yarbás,

y acusan á Virgilio de un anacronismo de tres siglos, que son los que en todo caso mediarían entre el viaje de Eneas y aquella catástrofe. Pero ¿qué sacaríamos ni el lector ni nosotros de tan enojosa molestia? Contentémonos con admirar y hacer admirar, si á tanto alcanza nuestro ingenio, la belleza del retrato, prescindiendo de si hubo ó no original y de quien fuera éste.

Por otro lado tenemos en abono de la versión poética de Virgilio un testigo de mayor excepción, á quien no podríamos tachar sin incurrir en la nota de impíos: que más hubieron de saber los Dioses que los hombres, cuáles habían sido las andanzas de nuestra heroína hasta el punto y hora en que la deshecha tempestad que Eolo descerrajó sobre el mar Tirreno, lanzó los restos diseminados de la flota de Eneas á las abruptas costas de la Libia.

Venus es, con efecto, quien bajo el disfraz de cazadora, «puesto al hombro el ligero arco á uso de la tierra y dados á los vientos sus cabellos sueltos, descubierta hasta las rodillas y presos con un broche los extremos postreros de la basquiña» (1) aparece á su hijo Eneas que acompañado de su fiel Acates iba tierra adentro desde la costa en exploración. Declárale cuya es aquella tierra y cómo Dido fué á parar á ella. Dido era esposa de Siqueo, gran sacerdote en Tiro, y hermana del rey Pigmalión. Codicioso éste de los tesoros de su cuñado, dióle traidora muerte al pié mismo del ara sagrada, manteniendo secreta su fechoría para Dido á quien entretuvo con vagas esperanzas. Mas Siqueo, apareciéndose en sueños á su dolorida esposa, le reveló la traición y le ordenó que recogiendo ciertos tesoros, que tenía ocultos, huyese de Tiro tomando la vuelta de la Libia. Cumplió Dido lo mandado, aparejó secretamente una flota y huyó llevándose consigo una porción de Tirios á quienes el odio ó el temor del tirano hacía ingrato el patrio suelo. «Llegados á la costa africana, concertaron con los naturales les vendiesen tanta tierra cuanto pudiesen cercar con un cuero de buey: vinieron los africanos en lo que aquella gente les pedía sin entender lo que pretendían. Mas ellos, cortada la piel en correas muy delgadas, con ellas cercaron y rodearon tanta tierra que pudieron en aquel sitio hacer y levantar una fortaleza, de donde la dicha fortaleza se llamó *Byrsa* que significa cuero de buey.» Así lo cuenta nuestro Mariana siguiendo la versión histórica prohijada por Venus, y añade que como los fugitivos careciesen de mujeres, se llevaron de Chipre, donde habían tocado en su viaje, bastante número de doncellas, raptó que recuerda el de las Sabinas y que demuestra cuán poca variedad ofrece la leyenda del origen de las grandes ciudades antiguas. La misma estratagema del cuero de buey se la atribuyeron á sus fundadores otras ciudades.

Eneas y Acates, debidamente informados, llegaron á Cartago cuyos trabajos de construcción contemplan, envueltos en una nube que Venus ha tendido alrededor de ellos á fin de hacerles invisibles.

Pintoresco y animado es el cuadro que se ofrece entonces á la vista de los dos exploradores. Virgilio le describe con pocos pero felices rasgos. «Admira Eneas la máquina que poco había era unas tristes chozas de pastores. Admirase de las puertas, de la gente que entra y sale por ellas y de las calzadas de los caminos. Los cartagineses, solícitos, dan prisa á la obra: unos levantaban las murallas y edificaban el alcázar y revolvían las piedras con las manos; otros escogían lugar para edificar casa y señalábale con la zanja: otros son á hacer el Consistorio, los Magistrados y el Santo Senado. (*Jura magistratusque legunt, sanctumque Senatum*). Aquí los unos fabrican los puertos, otros hacen los hondos cimientos de los teatros y cortan de los peñascos muy grandes columnas para adorno de los corrales de las Comedias. Cuales las

(1) The Tourist in Spain, by Thomas Roscoe. London, 1837, pág. 148.

(1) Traducción de Fray Luis de León.

abejas por la primavera ejercitan su trabajo al sol por los floridos campos, cuando sacan los enjambres abultados de su gente, ó cuando fabrican las líquidas mieles, ó hinchén sus aposentos del dulce néctar, ó reciben las cargas de las que vienen, ó, puestas en escuadrón, echan fuera de la colmena los zánganos haraganes. Anda viva la obra y huelen á tomillo las mieles exhalando su buen olor.» Así traduce el maestro Fray Luís de León, cuya versión un tanto discutible porque el estilo del traductor, suave, poco nervioso y familiar no corresponde á la pompa y rotundidad del original, es en cambio dechado de habla castellana y brilla por su singular elegancia en los pasajes de gracia y en las pinturas de la naturaleza.

Eneas y Acates contemplan aquel animado herido y admiran en sentidas lamentaciones las pinturas murales que decoran el templo de Juno representando escenas de la guerra de Troya. De tal contemplación les saca la reina que acude á presidir el tribunal y á velar por la acertada distribución de los trabajos. «Cual suele Diana ejercitar las danzas en la ribera del Eurota ó en los collados del monte Cintho, á quien siguiendo gran número de Ninfas la rodean de todas partes: ella lleva al hombro su aljaba y sobresale andando entre las otras Diosas.» Así la describe Virgilio.

Uno ó dos epítetos, una comparación: he aquí los procedimientos familiares á la literatura clásica para la descripción, sobre todo de personas. Rara vez, si alguna, el retrato á la manera moderna. La poesía se reservaba el mundo de la acción y de la expresión, y dejaba la línea y el color á las artes plásticas. El arte moderno ha barajado los lindes tradicionales, y la poesía esculpe ó pinta, como á su vez poetizan y se esfuerzan en fijar el movimiento y la expresión, el alma de los seres en una palabra, la escultura y la pintura. ¿Era Dido alta ó baja? ¿Joven ó ya madura? ¿Rubia, morena, trigueña? ¿Cómo, de qué color vestía? Virgilio no nos lo dice, como no lo dicen generalmente ni él ni los demás poetas clásicos de los héroes ó heroínas de sus poemas. Como en el caso presente, limitábase ó á fijar por medio de un epíteto la cualidad típica, ó á producir por medio de una comparación expresiva la impresión general que hubo de causar el personaje. Comparando á Dido con Diana, nuestra imaginación se representa la soberana majestad, la dignidad no exenta de gracia, que envolvía como con prestigiosa aureola la figura de la soberana de Cartago al aparecerse á los ojos de Eneas. La poesía moderna hubiera buscado la impresión por modo directo, por la descripción circunstanciada de la heroína. Grandes efectos ha logrado de esta suerte dicha poesía, pero ¿son reales? Mucho hay en ellos de ilusorio. Por más y por bien que se nos describa la fisonomía de una persona, nunca el original corresponderá á la idea que por aquel medio nos formemos. Y es que las palabras expresan siempre ideas generales, y hay en cada individuo un matiz, un rasgo, una línea, que es la que aduna en un conjunto único todos sus elementos componentes y que sin embargo es inexpresable. Demás de ello la descripción, sucesiva por necesidad, nos da, por decirlo así, á modo de los sumandos de una suma, pero no nos da la suma. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años; era de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.» Así describe Cervantes á D. Quijote. Y sin embargo ¿quién se le figura? ó mejor, ¿dónde encontrar dos que se le figuren igual?

Dejamos á Dido circuida de sus guardias, sentada en el trono que se alzaba en el templo, bajo la bóveda central, ejerciendo sus funciones de soberana, mientras Eneas y Acates, cobijados por la nube, contemplan invisibles el grandioso espectáculo que se ofrece á sus ojos.

O fortunati, quorum jam mania surgunt:

«Oh bienaventurados aquellos cuyas murallas ya se levantan,» exclama Eneas en uno de esos versos amasados con llanto de melancolía, tan frecuentes en la *Eneida*.

De pronto óyese confuso vocerío que va acercándose, y llegan ante el solio de la Reina, Anteo, Tergesto, Cloanto, Ilioneo con otros capitanes que Eneas creyó perdidos después de la tempestad y que como él habían hallado amparo en las costas líbicas. Síguelos gran multitud de troyanos y el pueblo de Cartago les rodea amenazador, pretendiendo cumplir en ellos las leyes que el miedo á una persecución de los tirios había hecho precisas, y que prohibían el abordaje á aquellas tierras. Expone Ilioneo sus cuitas y pide á la soberana un asilo temporal para reparar sus naves y tomar la vuelta de Italia á donde les dirige el destino. Dido, compadecida de las desventuras de los naufragos, se rinde á las súplicas de Ilioneo y les otorga la hospitalidad demandada.

Resuelve entonces Eneas por consejo de Acates salir de su escondrijo. «Deshízose la nube que los rodeaba y se esparció por el puro aire. Paróse Eneas, y descubierto en la claridad de la luz, apareció en el rostro y en el cuerpo muy semejante á algún dios: porque la propia madre había peinado y aseado la cabellera de su hijo y le había hermo-seado con la flor de la hermosura de su juventud y con la belleza de ojos que tenía en sus tiernos años: cual suele el artífice labrar de escultura el marfil ó como la plata dorada ó la piedra preciosa engastada en oro.»

Así apareció Eneas á los ojos de Dido, cegados de súbito por aquella belleza, y asombrados de verse frente á frente de aquel hijo de un dios, de aquel que se ceñía con la aureola de héroe de una guerra como la de Troya cuyos azares llenaban el mundo. Rinde gracias el héroe, y Dido, cercada de su corte, se le lleva á él y á los caudillos principales á su propio palacio donde les prepara hospedaje regio y un festín espléndido.

Y en verdad que ha de ser muy bella la *Eneida* cuando el lector puede resistir la tentación de risa que da la extemporánea intervención de los dioses que vienen á sustituir los estímulos humanos del corazón por hueras personificaciones disfrazadas de divinas que tienen hoy por hoy bastante de cómico.

Porque es el caso que como Eneas, á fuer de buen padre, resolviese, una vez seguro de la hospitalidad de Dido, mandar á las naves por su hijo Ascanio, la picara de Venus, con propósito de asegurar dicha hospitalidad contra todo evento, ideó la peregrina jugarreta de trocar, por una noche, á Ascanio por Cupido, llevándose á aquél á dormir á los bosques de Idalia y encomendando al falso Ascanio que cargase la mano sobre la pobre Dido y la enamorase de su huésped.

Y he aquí lo que hace imposible en nuestros tiempos la epopeya, mientras impere el criterio retórico de la necesidad del elemento sobrenatural como motor de sus acontecimientos, porque ni aun desde el punto de vista exclusivamente literario sabemos tomarle en serio.

Alguien ha dicho que no es Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre quien ha creado á Dios á su imagen y semejanza. Esta paradoja tiene en literatura un fondo de verdad. Como el hombre no imagina más que ideas ó actos humanos — que el árbol, por más que se eleve, arraiga siempre en el suelo — resulta que ó no llega á concebir á los dioses sino como idealidades sin forma ni consistencia, perdidas en las reconditeces de un ensueño sublime, ó si trata de reducirles á seres concretos, incurre en un antropomorfismo de imaginación que al fin se reduce á copiar lo que ve sin mas que aumentar la escala. No crea dioses, sino hombres grandes. Sus actos son asimismo actos humanos engrandecidos. Ahora bien: ó los extrema hasta lo extra-natural, en cuyo caso nuestro temperamento crítico se rebela, ó los achica, y entonces nos resultan hombres, de donde una des-

proporción chocante entre lo que son y lo que hacen.

En un momento dado transigimos con estas desproporciones: el genio sabe imaginar estos momentos. El Neptuno del *Quos ego*... nos hace el efecto de un verdadero Dios. Pero es sólo un momento, un rasgo. En cuanto pasa, se pierde el hechizo.

Y el poema épico no se teje con dos ó tres momentos de estos, hartos raros por otra parte en la historia literaria. Exige una acción en el cielo, de la cual sea reflejo y directa hechura la acción de la tierra. De esta suerte mata el carácter, haciéndolo obrar en las ocasiones críticas por el disparo de un resorte de puertas afuera, y vive en una perpetua alegoría. Considerada tal ficción como alegoría es insípida para nuestros paladares: considerada como narración de hechos acaecidos, repugna á nuestro espíritu ávido de verdad ó de cosa que á la verdad se parezca. Los dioses paganos, sea cual fuere la mitología á que pertenezcan, ya no nos causan ilusión alguna: los moradores del cielo cristiano no nos la causan mayor, fuera del poema exclusivamente religioso.

No es que yo crea que el público que leía poemas en Grecia y Roma, por ejemplo, diese fe á las ficciones mitológicas de los mismos, ni viese en ellos á modo de libros sagrados: pero aquellas ficciones cogían dentro de sus convenciones de creyente, esas convenciones hijas de la educación, del hábito adquirido y del no discutido asenso común que nos connaturalizan con la religión en cuyo seno vivimos y de cuyos efluvios está saturada la atmósfera que respiramos. De ahí que aquellas ficciones, sancionadas además por una tradición literaria no interrumpida, ya que no les impresionasen con impresión religiosa, tenían asiento bastante firme en su alma para no hacerles reír como nos hacen reír á nosotros.

¿Pero acaso la poesía épica requiere indispensablemente esa alianza de lo divino y lo humano pregonada por el pseudo-clasicismo de escuela? También la tragedia antigua se basaba en lo sobrenatural, manifestado directa ó reflejamente, y sin embargo la tragedia moderna, aun la de corte clásico, sin dejar de ser tragedia, prescindió de aquel elemento y no se movió del círculo trazado por la psicología exclusivamente humana.

¿Qué más diera, no ya para la belleza general, sino aun para la belleza épica del episodio de Dido, que el niño Ascanio fuese el verdadero, ó un Ascanio contrahecho por Cupido? La presencia inesperada de Eneas, el prestigio de sus aventuras ¿no eran estímulos suficientes por sí solos, y estímulos no incompatibles con la epopeya, para despertar el alma adormecida de Dido? ¿No era más humano, sin ser menos épico, el instinto de la maternidad, excitado por las caricias del niño, excitando á su vez el instinto de la mujer? No son estas, librenos Dios de ello, censuras de Virgilio ni de su *Eneida*: necio sería juzgar á un antiguo con el criterio de un moderno: son, sí, observaciones encaminadas á declarar lo ridículo de ese concepto que la retórica de escuela ha formado de la epopeya, concepto de que pocos saben prescindir.

Pero en fin, Ascanio ó Cupido, ello es que la pobre Dido sintió reavivarse en su pecho aquella llama que la muerte del primer esposo parecía haber extinguido, y que durante el festín con que celebró la llegada de Eneas, y oyendo en boca de éste la relación del fin de Troya, *longum bibebat amorem* según la feliz expresión de Virgilio, bebía á grandes sorbos aquel amor fatal que había de concluir de tan trágica manera.

J. SARDÁ.

(Concluire.)

SIN CARÁCTER

Mis amigo manifestó de muy niño varias é innumerables aptitudes, pero ninguna saliente. Llegado á la edad en que la inteligencia se desenvuelve y vacilante y brumosa parece la vocación, nadie supo descubrir y precisar cuál sería la suya; todo lo comprendía sin esfuerzo, á la primera ojeada y así como de golpe, pero adelantaba poquisimo en su carrera porque se fatigaba muy pronto, cuanto más vivo y ardiente era el entusiasmo del principio. En el colegio, donde nos conocimos siendo muchachos, todos le teníamos por el más laborioso é inteligente, pero de súbito dejaba de serlo para entregarse á la holganza sin saber por qué, no sin que arrepentido á los pocos días volviera á sus primeros hábitos de estudio y orden. ¡Cuántas veces, en las interminables y tristísimas horas de vela, el forzado silencio y las eternidades de fastidio, que se deslizaban lentas y adormecidas por las blanqueadas paredes de la sala sin más adorno que los mapas y los encerados, caldearon su imaginación con el ansia de la libertad! Le era imposible entonces leer una sola línea. Casi de bruces, de codos sobre la mesa, la cabeza entre los puños, las crispadas manos tirando de los cabellos, ásperos y rebeldes, ¡no sé qué hondas tristezas de niño se descubrían en su mirada vidriosa, fija, humedecida por viscoso humor como la del león enjaulado. Y en cuanto la libertad llegaba y salíamos al patio á correr y á saltar, entonces, cansado á poco, volvía á retirarse á un rincón para lamentarse del tiempo perdido ó estudiar de nuevo! Á veces, encogido y pusilánime, los demás hacían chacota de él; otras, osado, travieso, provocador, parecía que había de comerse crudos á sus compañeros. Así dejó aquellas aulas sin

un amigo, sin una distinción, sin haber aprendido una sola página entera, y no obstante, tenía gran corazón y privilegiada inteligencia.

Desde entonces, salido al mundo, su vida, como la del colegio, fué un eterno contraste y perpetua vacilación. Ni el mismo recordaba en sus últimos días el número de sus proyectos, ni los resortes que puso en juego para llegar á algo, sin que pudiera alcanzar nunca nada. Jamás acertó con lo que le convenía. Poseído de extraño afán sin límites, tropezando en los menores obstáculos, sensible á las más leves imperfecciones, fué siempre corriendo á pocos pasos de la esperanza, que, sonriente y fugitiva, ya se desvanecía en la sombra y ya le deslumbraba de puro brillante. La mano tendida á dos dedos de su falda, la falda ondeando al aire á dos dedos de la mano, pero sin asirla nunca, así corrieron él y ella toda la vida.

Cuanto se propuso lo dejó para *mañana*. Tuvo todas las opiniones y figuró en todos los partidos, pero de buena fe, con entusiasmo, y con tal sinceridad que mudaba de opinión bien convencido de que le habían engañado y que era forzoso abandonar la secta porque no cumplía su programa. Incluso en religión, hizo lo propio. Dióle por averiguar en los libros, si había medio de salir de su escepticismo y se calentó los cascos una temporada, absorbido en la lectura con la cautela y recelo del que medita un crimen, pero se enteró del propósito un jesuita amigo suyo, quiso secundarlo, hablóle de conversión, y él cerró de golpe los libros sin decir más palabra sobre el asunto.

Á las mujeres que amó, nunca pudo tomarlas en serio, ni se decidió á amarlas de veras. Llegaron á mirarle sus amigas con cierta sonrisa incrédula, no exenta de tristeza, como si hubiesen descubierto en el fondo de su corazón incurable enfermedad, más digna de lástima que de reproche. Por cierto que al fin se casó con mujer fea y necia á quien pretendía dominar y de quien fué eterno esclavo.

Seducía con su trato, su chispeante palabra, sus mil habilidades. Era de los que suelen sugerir la consabida exclamación: *¡este hombre es un estuche!* Cantaba con primor, jugaba con desenfado, dibujaba bien y sabía un poco de todo, en aquella medida que convierte al profano en *amateur* entre los profanos, y en hombre adocenado entre los del gremio: talento natural é instinto refinado y artístico que si se acompaña de la discreción es el más agradable adorno de los hombres medianos. Él lo soportaba más bien como una carga que como un dón, pues le servía para discernir lo bello y no para alcanzarlo, y en sus relaciones amistosas, para atraer y no para retener. Sus amigos hicieron correr la voz de que era inconsecuente y voluble y todos se empeñaban en pagarle con la misma moneda. Un rato de charla y afectada expansión y basta. Como era altivo no pretendía más; pero como no era necio, sentía la nostalgia del cariño, de las afecciones hondas y durables, á solas, lejos de todo ruido, en algún rincón de *entre-bastidores* de ese inmenso teatro.

Nadie supo jamás con qué recursos contaba y él... menos que nadie. Vivía contrayendo deudas y cuando tenía con qué pagarlas... socorría secretamente ocultas miserias que le rodeaban; hacía limosnas y pasaba por no tener vergüenza.

Su mayor deseo fué siempre vivir tranquilo y pareció ocupado toda la vida en procurarse vertiginosos afanes. Así llegó al cabo y murió disgustado de todo, bien convencido de que su arrepentimiento no traía aparejada la enmienda. Con talento, pasó ignorado; después de haber trabajado mucho, fué víctima de la pobreza; sensible y tierno, no dejó quien le llorara eternamente, que era su mayor deseo. Por soñadas ansias imposibles olvidó las pequeñas satisfacciones que hubiera podido saborear con delicia. Fué en verdad muy desgraciado, sin que dejara de sonreírle la fortuna. No tenía carácter.

J. YXART.

REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

CARLOS DICKENS

EL HIJO DE LA PARROQUIA

(OLIVER TWIST)

TRADUCCIÓN

E. L. de VERNEUIL



ILUSTRACIÓN

J. MAHONEY

FRANCISCO PEREZ — BARCELONA

Establecimiento Tipográfico-Editorial

Ausias March, 95 y 97